

—Os repito, Marta, que no quiero ocuparme de los asuntos de ese señor.

—Sí, pero los pobres á quienes ha mordido el perro, y á los que puede morder, os interesarán. Si no se acude á tiempo rabiarán...

—Bien, sin duda teneis razon y yo no. Ya voy.

El doctor se levantó, recomendando á Marta que dejara hervir á fuego lento la vasija hasta que se extinguiera, y bajó al encuentro de dos hombres pálidos y consternados, quienes le repitieron el siniestro relato.

Merey escuchó, y despues dijo:

—Vamos.

Y montando en un caballo ya ensillado, salió á galope con direccion á Charelay.

Los dos criados le siguieron montados en sus caballos, humeando aun por la carrera que habian llevado al ir en busca del doctor.

### III.

#### El castillo de Charelay.

Dos ó tres leguas más allá de Argenton la campiña cambia por completo.

Pedazos de tierra incultos, llamados por los naturales del país los *matorrales*, campos cubiertos de una raquílica vegetacion, caminos pedregosos encajonados entre los barrancos y orillados con setos silvestres.

En las faldas de los montecillos se veia el ocre, en donde toma el agua de los riachuelos su color rojizo.

Tal erá, pues, la perspectiva que presentaban aquellos campos que la cabalgata recorria á escape.

En aquel tiempo, y para el país de que tratamos, eran un lujo inmoderado tres caballos, pues en esta bienaventurada provincia, marcada todavia en el mapa del baron Dupin con color de plomo, no se conocian otra clase de acémilas que las que usaban los reyes *perezosos*.

En uno de los caminos hondos encontraron una castellana de los alrededores en una carroza tirada por bueyes, los que en cerca de un dia que llevaba de camino habian andado cinco leguas.

Por fin nuestros viajeros distinguieron un conjunto de torrecillas que se destacaban en medio de aquel paisaje seco y estéril, bañado por los rayos del sol.

A medida que se acercaban revelaba aquella masa sombría la belleza salvaje de los edificios guerreros de la Edad media, y su construccion parecia remontarse al siglo XIII.

El arte poderoso, aunque tosco, habia trazado el plano de aque-



lla morada feudal que cubria con su sombra el pueblecito, si puede darse ese nombre á unas cuantas casas esparcidas entre los árboles frutales.

Era Charelay.

Antiguamente el castillo habia estado unido por líneas defensivas con los de Luzrac y Chassin Grimont, porque los señores feudales se apoyaban unos en otros para defenderse de los altos y poderosos buitres de la feudalidad.

Pero en la época en que pasa nuestra historia habian concluido ya las guerras civiles.

Los nobles, despues de haber sido *condottieri*, se habian hecho cazadores.

La lectura de los enciclopedistas habia sembrado la duda en algunos, y no solamente no tomaban la comunión en las cuatro fiestas principales del año, sino que leían el *Diccionario filosófico* de Voltaire, se burlaban del párroco, ridiculizaban á una sobrina ilegítima, lo cual no les impedía asistir el domingo á misa, sentarse en el banco de honor y recibir el incienso.

Descontentos en las pesadas y envejecidas murallas de piedra, maldecían la mayor parte de los nobles la táctica de guerra de la Edad media, y desde luego hubieran hecho derribar sus castillos si el respeto debido á sus abuelos y los privilegios que disfrutaban aquellos antiguos muros, y por último, los recuerdos de dominio y terror que mantenían en el pueblo aquellos edificios, no lo hubieran impedido.

Procuraron, sin embargo, dulcificar y humanizar su aspecto de aves de rapiña, restaurándoles la fachada, abriendo ventanas ó claraboyas en el sitio de las troneras, suprimiendo los puentes levadizos, las poternas y los fosos henchidos de agua, en donde las ranas cantaban desde hacia más de diez años, porque los aldeanos rehusaban atacarlas.

Pero en el castillo de Charelay no se habia hecho ninguna variación. Conservaba la poesía sombría y taciturna en todo su esplendor.

Las torrecillas laterales dominaban la puerta principal, adornada con dibujos y clavos de cabeza redonda.

Astas de ciervo, piés de corza y restos de jabalí anunciaban que el señor de Charelay usaba extensamente de sus derechos de caza.

Además, se completaba esta exposición con cinco ó seis pájaros nocturnos, desde el mochuelo hasta la osifraga.

Esta sociedad estaba presidida por un gran duque con las alas desplegadas, y cuyas plumas arrancadas por el viento, los ojos redondos y huecos, las garras crispadas mostraban la imágen de la fuerza vencida y de la muerte violenta.

Es preciso añadir que el castillo inspiraba supersticioso terror, porque existía en el país una antigua tradición, la cual hacia creer que un espíritu maligno habitaba la feudal morada, y corroboraba esto mismo el que la mayor parte de los señores de Charelay habian muerto asesinados, y que se contaban en la familia varias lúgubres y sangrientas catástrofes.

El señor de Charelay, que le habitaba cuando empieza nuestra historia, era un vivo ejemplo de la fatalidad que pesaba sobre el castillo, segun afirmaban los aldeanos.

A los dos años de casado habia perdido á su encantadora y jóven esposa de una manera trágica.

Una noche se encontraba apoyada en la inmensa chimenea del salon, vestida para un baile. Su *tontillo* ensanchaba considerablemente las faldas del traje, segun la moda entonces, y por una imprudencia peligrosa en extremo se acercó demasiado, inflamándose súbitamente.

Loca de terror, se precipitó, huyó de habitacion en habitacion, alimentando con el aire las funestas llamas, que la envolvían como una lengua de fuego.

Sus doncellas, consternadas con aquella aparicion, no pensaron en prestarla prontos socorros, y la infeliz criatura murió en medio de las torturas más horrosas; de modo que al regresar su marido de una expedición encontró un cadáver calcinado, desfigurado, informe.

El señor de Charelay refundió sus esperanzas y su cariño en su hija única, niña de tres á cuatro años, á quien habian visto nacer en el pueblo y conducir á la pila bautismal por las marquesas y



condesas de los alrededores, ínterin resonaban gozosas las campanas saludando su entrada en el mundo.

Pero aquella criatura empezó á ocultarse poco á poco, hasta que desapareció por completo: el rumor público anunció su muerte, y se decia que habia sido enterrada secretamente en el panteon del castillo.

Desde aquel día el castillo, de triste se convirtió en fúnebre, y una nube de cuervos le anidó en los cinco torreones, cuya techumbre puntiaguda y circular, rematada con una alcachofa de plomo, dominaba el edificio y los patios.

El canto del mochuelo interrumpia el silencio de la noche, y aquel quejido exhalado desde la torre más alta hacia estremecer á los aldeanos, sobrecogidos por el terror supersticioso, y se alejaban de aquel fantasma de piedra, responsable de un gran crimen.

¿Cuál era? ¿Qué señor de Charelay era el culpable? ¿Por qué lazo moral extendia su influjo hasta sus sucesores? Se ignoraba.

Por la puerta de entrada, defendida por las torrecillas de que hemos hablado, se penetraba en un patio, á un lado del cual se veia la casa del portero, las cuadras, los establos, los graneros, los trojes y demás dependencias destinadas á la labor.

Era el cortijo.

¿Era ilusion, ó era efectivamente una realidad que los animales sienten el influjo moral de los sitios que habitan? Lo cierto es que los perros, aterrados con la llegada de un congénico furioso, sacudian su cadena melancólicamente, y que al ver á un extraño aullaron de ese modo lastimero que anuncia á los supersticiosos la inmediata muerte del dueño ó de otra persona de la familia, creencia tan arraigada, sobre todo entre el pueblo.

Los bueyes, al desatarlos para conducirlos á beber agua, inclinaban las astas y fijaban sus ojos claros en la tierra, y los caballos, como los altivos corceles de Hipólito, parecian participar de la preocupacion de los demás.

Desde aquel patio se veian los fosos de la que hubiera podido llamarse fortaleza.

Un puente levadizo conducia al segundo patio pasando por un

pasadizo bajo y sombrío abierto en la pared maestra de un torreón, en la que estaban marcadas algunas manchas, de sangre tal vez.

Despues estaban las cocinas y otras habitaciones para completar la comparticion de aquel cuerpo de edificio. Del castillo todavía no se veia nada más que aquella mole imponente, cuyo aspecto caia como un peso de plomo sobre los hombres y los animales.

En el primer patio crecia la yerba entre las piedras.

Esparcidos aquí y allá se veian los utensilios de la labranza, y algunos patos nadaban en el agua estancada y aceitosa del foso.

Tal era, pues, la perspectiva del castillo de Charelay; pero cuando Jacobo Merey penetró en el patio exterior, un terror y un desorden indescriptible reemplazaban á la tristeza que diariamente se notaba en los semblantes.

Dos criados armados con palos, horquillas y palancas habian perseguido á un perro que habia sembrado la consternacion en el pueblo mordiendo á varias personas. Hostigado y herido, no se limitó con acometer á los animales, sino que mordió á dos que le perseguian, y como una flecha habia entrado en el cortijo señorial, escondiéndose en un hueco que formaba la piedra en uno de los ángulos del patio.

Todos los espectadores de esta escena se habian detenido en el puente levadizo, y el señor de Charelay, en lugar de armarse con su escopeta de caza y acometer al animal, se habia encerrado en el castillo.

Parecia que nadie se atreveria á penetrar en aquella morada fatal, que causaba tal terror y habia causado siempre.

El perro era sin duda el enemigo maligno que tenia tan infausta predileccion por aquellos sitios.

Los caballos, atados en las cuadras, los bueyes y vacas en sus establos y los perros en la perrera, lanzaban aullidos, relinchos y mugidos aterradores.

El ruido del infierno debe parecerse á los gemidos de angustia que resonaban en aquel maldecido castillo.

A través de aquella tempestad se escuchaban las voces de algu-



nas mujeres, criadas ó camareras, que pedían socorro desde el sitio en donde se habían refugiado al verse sorprendidas en sus quehaceres por el furioso animal.

El doctor echó una rápida ojeada en derredor suyo; primero vió dos hombres que lavaban en una fuente sus heridas, una en la mejilla y otra en la mano.

Jacobo había previsto el caso y llevaba consigo un ácido corrosivo como primera precaución.

Así pues, se bajó del caballo, corrió á ellos, sacó su bisturí, abrió la carne, y en el hueco hecho por el acero inyectó el ácido para contener los efectos de la mordedura.

Hecho esto les vendó, y sabiendo que el perro estaba en el segundo patio, se adelantó solo, resuelto y desarmado.

Los aldeanos lanzaron un grito de espanto cuando le vieron acercarse al hueco en donde estaba agazapado el animal.

El doctor fijó la vista en él con la sonrisa en los labios, y cuando todos temían que el perro se precipitase sobre Merey, le vieron caer lanzando un gemido; después, como atraído por una fuerza irresistible, salió del hueco arrastrándose: su ojo, sangriento é irritado, había depuesto el furor, cerrando la boca, que poco antes la tenía abierta y cubierta de hedionda espuma.

Arrastrándose llegó hasta los piés del doctor, como un culpable que implora perdón, ó mejor dicho, como un enfermo que pide auxilio. Humilde, sin enojo, vencido por una oculta influencia, parecía buscar el sosiego en aquella superioridad, deponiendo su cólera á los piés de aquel hombre invulnerable que le contemplaba con dulzura y tranquilidad.

El doctor hizo un gesto; el perro se sentó levantando sus ojos tímidos y suplicantes hácia él, quien colocó su mano sobre la erizada y temblorosa cabeza del animal.

La admiración de los aldeanos ante aquel espectáculo no tuvo límites; nunca habían leído las narraciones que nos han hecho los poetas de Orfeo durmiendo al perro Cerbero, quien ahogó en su garganta el doble aullido del mónstruo.

Precisamente por esta falta fué mayor su emoción al presenciar

aquel prodigio, preguntándose unos á otros qué había podido echar en la boca del perro rabioso para tornarle tan humilde.

Animados los hombres por la actitud sumisa del perro, delante del que temblaban y retrocedían minutos antes, se acercaron con las horquillas y los trillos para matarle; pero el doctor se volvió hácia ellos y les dijo imperiosamente:

—Atrás; prohíbo que nadie toque á este perro, y el que le haga daño será un cobarde; además, es mio.

Confundidos los aldeanos, le ofrecieron cuerdas para amarrarle las patas.

—No, replicó Jacobo sacudiendo su hermosa cabeza; no las necesita, creedme; me seguirá voluntariamente sin obligarle á ello.

—Pero á lo ménos, gritaron varios, ponéle un bozal.

—Es inútil; poseo un bozal mejor que todos los que podáis ponerle.

—¡Pero cuál es!

—Mi voluntad.

Y diciendo estas palabras hizo una seña al perro, el que se levantó fijando en su nuevo amo su ojo obediente y cansado, y dando tres aullidos lastimeros, siguió humilde y gozoso á Jacobo Merey, como si hiciera largo tiempo que le pertenecía.